

LIBRO DIEZ Y SEIS.

El poder pasa á manos del Comun de Paris.—Petion.—Su popularidad.—Carácter de las facciones.—Hombres que las fomentan.—Reunion de Charenton.—Ataque resuelto contra palacio.—Jornada del 20 de Junio.—El pueblo que ha salido de la plaza de la Bastilla va engrosándose en su marcha.—Sus jefes: Santerre, Saint-Huruge, Theroigne de Mericourt.—Cuadro de esta sublevacion popular.—La Asamblea permite á los conjurados que desfilen armados delante de ella.—Suspende su sesion.—Tropas colocadas en los patios de las Tullerías.—Caballeros que llegan á palacio.—El rey manda abrir las puertas.—Petion, corregidor de Paris, se oculta por evitar su responsabilidad.—Los sublevados en las Tullerías.—Adhesion de madama Isabel.—El rey obligado á ponerse el gorro encarnado.—La reina y sus hijos en medio de los insurrectos.—La Asamblea continúa su sesion.—Impotencia de este cuerpo para contener las masas.—Petion vuelve á las Tullerías y por fin dispersa á los sediciosos.—Los marseleses en Paris.—Su cancion guerrera.—El pueblo sale á recibirlos.—Origen de la *Marseleses*.

I

A medida que el poder arrancado al rey por la Asamblea iba siendo menor de dia en dia, se aumentaba el del Comun de Paris. La municipalidad, primer elemento de las naciones al tiempo de constituirse, es tambien el último asilo de la autoridad cuando aquéllas se descomponen. El poder, ántes de caer en manos de la plebe, se detiene un momento en el Consejo municipal. La casa de la ciudad se habia convertido en palacio del pueblo, en donde, despues de Lafayette y Bailly, reinaba ahora Petion, que era el verdadero rey de Paris. El populacho, que posee el instinto de las situaciones, le llamaba el *rey Petion*. Este hombre habia adquirido su popularidad en un principio por sus virtudes privadas, que el pueblo confunde siempre con las públicas, y luego con sus discursos democráticos en la Asamblea constituyente. El hábil equilibrio en que tenia en los Jacobinos á los girondinos y á Robespierre le habia hecho hombre respetable é importante. Amigo á un mismo tiempo de Roland, de Robespierre, de Danton y de Brissot, sospechoso de estar en relaciones demasiado íntimas con madama de Genlis y con el partido orleanista, cubrióse siempre, sin embargo, con el velo de su adhesion al orden legal y de una supersticion constitucional. De esta suerte aparecia cual si reuniese en sí todos los títulos que debian hacerle digno de la estimacion de los hombres de bien y de las consideraciones de los facciosos; pero el mejor título suyo consistia en su medianía. Preciso es confesar que ésta es casi siempre el sello de aquellos ídolos del pueblo. Bien sea porque la multitud, mediana en sí misma, no guste sino de aquello que se le parece, ó porque los hombres contemporáneos no puedan por envidia elevarse hasta hacer justicia á los grandes caractéres y las grandes virtudes, bien porque la Providencia, que distribuye los dones y las facultades con medida, no permita que un solo hombre reuna en sí en un pueblo libre las tres irresistibles fuerzas de virtud, genio y popularidad, bien, finalmente, porque el favor constante de la multitud

sea una cosa de tal naturaleza que su precio exceda mucho á su valor á los ojos de los hombres verdaderamente virtuosos, que conocen que es preciso ser demasiado bajo para obtenerle y demasiado débil para conservarle, ello es que el pueblo no idolatra jamás sino á las medianías. Petion no era el rey del pueblo sino á condicion de permitirle todos los excesos que quisiera cometer. Sus funciones de corregidor de Paris, en una época de revueltas, le ponian en continuo contacto con el rey, con la Asamblea y con los amotinados. Así es que hacia frente al rey, halagaba á la Asamblea y moderaba el crimen. Inviolable como la capital, personificada en él por su título de primer magistrado del Comun, su dictadura invisible consistia en su inviolabilidad, de la que usaba con respetuosa audacia respecto al rey, inclinándola ante la Asamblea y poniéndola á los piés de los sediciosos. En sus reconvencciones oficiales á los amotinados se veia siempre alguna excusa del crimen, y en todas ellas se notaba cierta condescendencia hácia los culpables, que equivalia á animar á los ciudadanos extraviados á que siguiesen en sus extravíos. El pueblo le amaba como la anarquía ama á la debilidad, y sabía que con aquel hombre podia hacer cuanto se le antojase. Como corregidor tenia en su mano la ley, como hombre tenia la indulgencia en los labios y la connivencia en el corazon. Un magistrado de esta naturaleza era lo que convenia á los sediciosos de los arrabales para dar sus golpes. Petion dejaba que los fuesen preparando, haciendo como que no los veia, y los legalizaba cuando se habian verificado.

Las relaciones que habia tenido con Brissot desde su infancia le habian acercado á madama Roland. El ministerio de que éste fué miembro le obedeció más que al mismo rey; asistia á sus conciliábulos, reinaba bajo su nombre, y aunque la caida de aquel ministerio no le derribaba á él, arrancábale, sin embargo, el poder ejecutivo. Los girondinos que habian sido expulsados no necesitaban inspirar su sed de venganza en el alma de Petion. No pudiendo éste conspirar ya legalmente contra el rey en union de sus ministros, restábale aún conspirar en union de las facciones contra las Tullerías. Guardia nacional, pueblo, Jacobinos, Franciscanos, arrabales, y finalmente la ciudad, todo esto estaba en sus manos. Petion podia dar la sedicion á la Gironda para que ella ayudase á aquel partido á reconquistar el ministerio, y se la dió con todas sus contingencias y con todos los crímenes que ella es capaz de abrigar en su seno. Entre estas contingencias estaba la del asesinato del rey y de su familia. Este acontecimiento estaba aceptado de antemano por los que provocaban la reunion de las masas para invadir el palacio de las Tullerías. Quizá ni los girondinos, ni los orleanistas, ni tampoco los anarquistas ni los republicanos pensaban en cometer este crimen, pero todos le consideraban como una eventualidad de la fortuna. Petion, que tampoco lo queria probablemente, lo arriesgó al ménos, y si su intencion fué inocente, su temeridad fué un asesinato. Y en verdad, ¿qué distancia habia entre los hierros de veinte mil picas y el corazon de Luis XVI? Ninguna. Petion no entregó las vidas del rey y de su familia, pero las jugó á la suerte.

La guardia constitucional del rey acababa de ser licenciada ignominiosamente por los girondinos. Su jefe, el duque de Brissac, habia sido citado ante el tribunal de Orleans por un supuesto complot, á pesar de que nada tenia contra sí sino un honor y una fidelidad al soberano, que no era ignorado de nadie, así como tampoco se ignoraba que aquél habia jurado morir como soldado fiel en defensa de su

señor y amigo. Brissac pudo muy bien escapar, y el rey le aconsejó que lo hiciese, pero él no quiso seguir sus consejos. «Si huyo,—respondió á las repetidas instancias del rey,—creerán que soy culpable y que V. M. es cómplice mio, y mi fuga será un motivo más para acusar á V. M. ¡Prefiero morir!» Salió, pues, para Orleans, pero no fué juzgado por aquel tribunal, sino asesinado en Versalles el 6 de Setiembre. Su cabeza, enteramente cana, fué puesta en una de las verjas de palacio. ¡Burla impía y atroz si se trató de manifestar con ella aquella fidelidad caballescaca con que guardaba, áun despues de muerto, la puerta del palacio de sus reyes!

II

Las primeras insurrecciones de la revolucion eran unos movimientos espontáneos del pueblo, en los que estaban siempre el rey, la corte y la nobleza en una parte, y en otra la nacion. Estos dos partidos, colocados uno enfrente de otro, chocaban mutuamente por el solo impulso de las ideas de encontrados intereses. Una palabra, un gesto, una casualidad, una reunion de tropas, un dia de escasez ó un orador vehemente que arengase á la multitud en el Palacio Real, eran causas suficientes para arrastrar las masas á amotinarse, ó para hacerlas marchar sobre Versalles. El espíritu de sedicion se confundia con el de revolucion, y todo el mundo era entónces faccioso, soldado y jefe. La pasion pública era la que daba la señal de acometer, y la casualidad la que se apoderaba del mando.

Despues que la revolucion estaba formada y que, jurada la Constitucion por ambas partes, imponia á los partidos un órden legal, las cosas sucedian de otra manera muy distinta. Las sublevaciones populares, en vez de ser unas agitaciones pasajeras, eran efecto de un plan bien combinado. Organizadas las facciones, tenian entre los ciudadanos su partido, sus clubs, sus reuniones, y finalmente su ejército y su santo y seña para conocerse. Hasta la misma anarquía se habia disciplinado, y en medio de un desórden únicamente aparente, habia una mano oculta que la dirigia y animaba sin saberlo ella misma. A la manera que un ejército tiene jefes conocidos, los barrios y las secciones de Paris tenian sus cabecillas, que eran obedidos ciegamente. Unas popularidades secundarias inveteradas ya en la ciudad y en los arrabales, habian sucedido á las grandes popularidades nacionales de Mirabeau, de Lafayette y de Bailly. El pueblo tenia fe en tal ó cual nombre, confiaba en éste ó en el otro brazo y se apasionaba por tal ó cual rostro, al que, sin más razon que ésta, concedia todo su favor. Cuando estos hombres se dejaban ver, hablaban ó marchaban, el pueblo marchaba tras ellos sin saber siquiera adónde le arrastraba aquella multitud. Bastábales á estos jefes indicar una reunion, esparcir un terror pánico, valerse de una patraña para excitar la ira del pueblo, ó decir que esta ó aquella cosa era contraria á la libertad, para que aquellas ciegas masas se hallasen dispuestas á obrar en el sitio que se les designase.

Era éste por lo comun el que ántes ocupaba la Bastilla, monte Aventino del pueblo y campamento nacional en que aún se hallaban esparcidas las piedras de que se habia compuesto aquel edificio, como para recordar al pueblo su antigua esclavitud y su fuerza presente. Entre todos los agitadores de los arrabales, el más temible era Danton, pues si bien Camilo Desmoulins era tan osado como él para concebir, lo era mucho ménos para ejecutar. La naturaleza, que habia dado á este



SANTERRE.

jóven la inquietud y la audacia necesarias para sublevar las masas, le habia negado el exterior y el caudal de voz que para ello se requiere. El pueblo no se paga del talento de los hombres, y una elevada estatura y una voz sonora y fuerte son las únicas condiciones indispensables para ser el favorito de la multitud. Camilo Desmoulins era pequeño, delgado y de débil voz, lo cual le hacía aparecer á los ojos del pueblo como si anduviese á gatas detras de Danton. La voz de éste se asemejaba al rugido de las turbas irritadas.

Petion poseia en alto grado la estimacion de los anarquistas, pero su legalidad oficial le dispensaba de fomentar abiertamente el desórden, al cual contribuia sin embargo en gran manera con su complicidad en él, sin la cual hubiera sido imposible hacer nada. Tras estos hombres venia Santerre, comandante del batallon del arrabal de San Antonio. Era Santerre hijo de un cervecero flamenco, oficio que tambien era el suyo, y uno de aquellos hombres á quienes el pueblo comprende porque son pueblo, y á quienes respeta porque son ricos; especie de aristócratas de barrio, á quienes se perdona su fortuna en gracia de la familiaridad con que tratan y se dejan tratar de todos sus vecinos. Conocido de los jornaleros porque empleaba á muchos de ellos en su cervecería, y conocido tambien de la multitud que acudia los domingos á beber cerveza ó vino en los varios establecimientos de Santerre, era éste ademas un almacén inagotable de socorros y de víveres para los infelices. En una de las épocas de hambre que sufrió Paris, distribuyó él solo por valor de trescientos mil francos de pan; de suerte que este hombre habia comprado su popularidad con sus beneficios. Ademas, la habia conquistado con su valor en la toma de la Bastilla, y la prodigaba siendo el primero en presentarse en todas las conmociones de las plazas públicas. Santerre era de la raza de aquellos cerveceros belgas que embriagaban al pueblo de Gante para insurreccionarle.

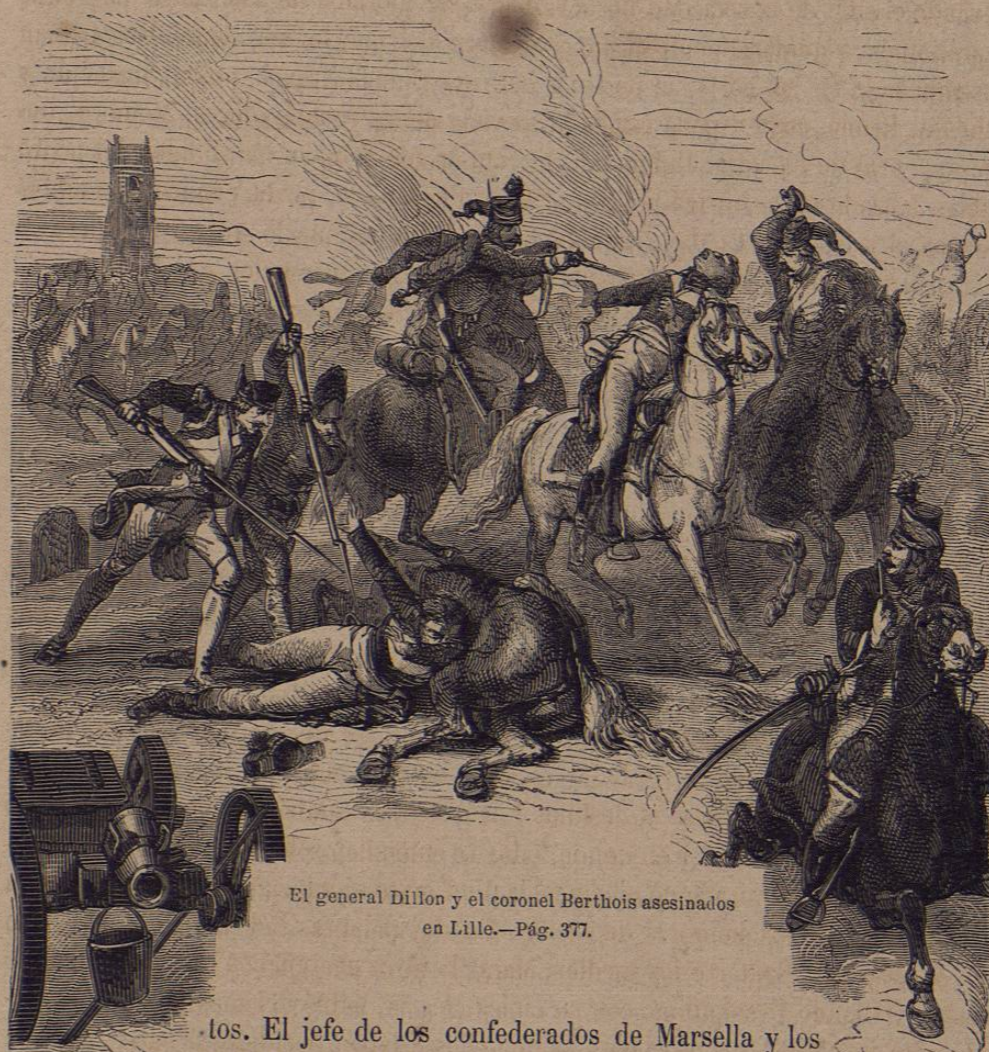
El carnicero Legendre, que era á Danton lo que éste á Mirabeau, es decir, un grado descendente en el abismo de la sedicion, habia sido marinero diez años, y tenia las costumbres ásperas y feroces de las dos profesiones que habia ejercido. Mezclado desde el año 89 en todos los movimientos revolucionarios, habia llegado á adquirir cierta autoridad, y aunque de frente altiva y sin respirar en sus palabras sino muerte, el fondo de su corazon no era tan malo como aparentaba exteriormente. Este hombre habia fundado bajo la direccion de Danton el club de los Franciscanos, aquel club de los golpes de mano, así como el de los Jacobinos era el de las teorías radicales. Conmovíale Legendre con su elocuencia, y siempre dispuesto á herir lo mismo que á hablar, el gesto y la accion de Legendre mataban ántes de abrir la boca. Inculto y salvaje, se comparaba él mismo al campesino del Danubio, y el nombre que más le convenia era el de *la maza* de Danton. Huguenin era uno de esos hombres que andan errantes de profesion en profesion, dispuestos á lanzarse en cualquier partido en épocas como la de que vamos tratando, pero que no se fijan en ninguna parte. Habia sido éste abogado, pero fué expulsado de la corporacion; despues sentó plaza, luégo fué empleado en puertas, y descontento en todas partes y aspirando al poder, sólo con el objeto de hacer fortuna, su integridad era muy sospechosa. A estos hombres deben agregarse los siguientes: Alejandro, comandante del batallon de los Gobelinos, héroe de arrabal y amigo de Legendre; Marat, conspiracion andando, que no salia hasta la noche de su subterráneo, verdadero profeta de la demagogia, sediento de alborotos y de sangre, que

llevando el odio de la sociedad hasta el delirio, se gloriaba de tener tales ideas, que representaba voluntariamente el papel de loco del pueblo, así como otros habían desempeñado en las cortes el de locos del rey; Dubois-Crancé, militar instruido y valiente; Brune, cuya espada estaba al servicio de los conspiradores; Momoro, impresor, ebrio de filosofía; Dubuisson, literato oscuro á quien los silbidos del teatro habían lanzado en la intriga política; Fabre d'Eglantine, poeta cómico que ambicionaba otra tribuna; Chabot, capuchino que había adquirido un genio áspero en el claustro, y que ardía en deseos de vengarse de la superstición que le había encerrado allí; Lareynie, sacerdote soldado; Gonchon y Duquesnois, amigos de Robespierre; Carra, periodista girondino; un italiano llamado Rotondo; Hanriot, Sillery, Louvet, Laelos, y finalmente, Barbaroux, emisario de Brissot y de Roland. Todos estos hombres fueron los principales promotores del motin de 20 de Junio.

III

La reunion se verificó en una casa aislada de Charenton, para deliberar en el silencio de la noche sobre el pretexto, el plan y la hora de la insurrección. Las pasiones eran muy distintas, pero la impaciencia de todos era la misma. Los unos querían solamente asustar, los otros querían herir; pero todos querían y estaban acordes en que era necesario obrar. Fácil es figurarse que en una reunion presidida por Danton no habría grandes escrúpulos, y que una vez lanzado el pueblo, se detendría donde quisiese el destino. Los discursos estaban de más en donde no había sino una sola alma y en donde todos se entendían sólo con mirarse. Un apretón de manos, una mirada de inteligencia ó un gesto significativo, constituyen toda la elocuencia de los hombres de acción. En dos palabras indicó Danton el objeto que se proponía, Santerre los medios, Marat la atroz energía con que debía llevarse á cabo, y Camilo Desmoulins, con su étnica alegría, habló del movimiento proyectado para inspirar á sus asociados lo que ellos estaban decididos á hacer, que era lanzarse á las calles á la cabeza de las masas, para arrastrar al pueblo á que les secundase en su empresa, ó por mejor decir, para intimidarle con sus feroces aullidos. Desplegóse sobre la mesa el mapa revolucionario de París, y Danton trazó en él las fuentes, los afluentes, el curso y el punto de reunion de los grupos.

La plaza de la Bastilla, inmensa encrucijada en la que desembocaban á manera de ríos las populosas calles del arrabal de San Antonio, que por el barrio del Arsenal y por un puente se une al arrabal de San Marcelo, en el que había hasta doscientos mil obreros, y por la parte del baluarte abierto delante de la antigua fortaleza tiene un camino espacioso que va á parar al centro de la ciudad y á las Tullerías, fué el sitio designado para la reunion de los grupos y punto de partida de las columnas, que debían dividirse en tres cuerpos. El objeto ostensible de aquel movimiento era el presentar una petición á la Asamblea y al rey contra el *veto* puesto al decreto relativo á los sacerdotes y al de la formación del campamento de los veinte mil hombres. La contraseña era pedir que volviesen al ministerio los patriotas Roland, Servan y Claviere; el efecto que se proponían sacar de esta intentona los conjurados era infundir terror al pueblo de París y al palacio de las Tullerías. La ciudad aguardaba esta visita de los arrabales en razón á haberse celebrado el día anterior en los Campos Elíseos un banquete de quinientos cubier-



El general Dillon y el coronel Berthois asesinados en Lille.—Pág. 377.

tos. El jefe de los confederados de Marsella y los agitadores de los barrios del centro habían fraternizado en aquella comida con los girondinos, y el cómico Dugazon había cantado en ella una canción amenazadora contra el rey. Este había oído desde la ventana de su cuarto los aplausos y los cánticos siniestros, cuyos ecos llegaban hasta el palacio de las Tullerías.

En cuanto al orden de la marcha, emblemas grotescos, armas extrañas, trajes asquerosos y banderas sangrientas, que debían señalar la aparición de aquel ejército de los arrabales en las calles de la capital, nada prescribieron los conjurados, porque en casos semejantes, el desorden y el horror formaban parte del programa. En este particular lo dejaban todo en manos de la inspiración desordenada de la turba, y en las de aquella rivalidad de cinismo que se establece por sí misma en semejantes aglomeraciones de hombres. Danton sabía todo esto muy bien, y contaba con ello.

Aunque la presencia de Panis y de Sergent, individuos del ayuntamiento, daba á este plan la sanción tácita de Petion, los agitadores se encargaron de ir avisando en secreto á los sediciosos, y hacer pasar los primeros grupos del cuartel de San Marcelo y del Jardín de Plantas al otro lado del Arsenal en una barca que servía únicamente entonces para la comunicación entre los dos arrabales. Esto debía eje-